

Realidad y Literatura

Gonzalo Torrente Ballester

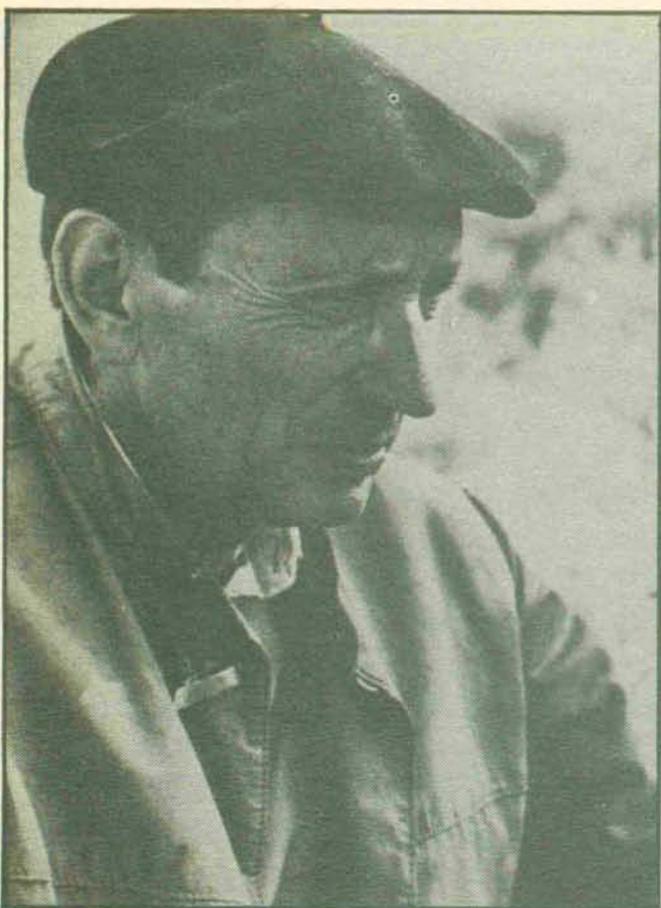


NO nos hagamos ilusiones: la realidad nos tiene prisioneros, pero también nos sustenta y nos da tierra en que apoyar los pies, incluso cuando intentamos saltar para escaparle. No está muy claro si nos hace también reales, o si, por el contrario, es de nuestra conciencia de donde le viene el ser, pero esta es una cuestión aparte, de las que nadie podrá zanjar, por mucho que excogite (incluso en esa forma apremiante de excogitación que llamamos insulto). El arte, a veces, dice que la tiene en cuenta, pero tampoco es de discretos hacerle caso al arte, por aquello de que es lo que puede y como puede, lo que quiere y como quiere: aunque con límites. El que aquí nos interesa pudiera formularse en estas pocas palabras: no hay nada en el arte que no haya estado antes en la realidad, si bien corregido por esta otra sentencia: nada está en el arte como estuvo en la realidad. De lo cual debe inferirse cierta relatividad en el uso y la significación de palabras como **realismo**, **fantasía** y demás. El artista (y, por tanto, el escritor) sólo puede trabajar con los datos de su experiencia, que resultan inexorablemente de una relación con lo real, a veces contra, aunque da lo mismo. Llamamos **realidad** a todo

lo que existe, sensible o supra-sensible, natural o fabricado, actualidad o recuerdo: todo lo que puede nombrarse, y algo que no tiene nombre todavía, y que no sabe nadie si llegará a tenerlo, pero que ahí está. La realidad, por definición, es inabarcable y, en su mayor parte, incognoscible. Los hombres son responsables de atractivas experiencias de investigación y de clasificación, y se da la curiosa circunstancia que, después de haber denominado **artrópodos** a ciertos animales, sus descendientes siguen considerándose como artrópodos, mantienen sus caracteres y es probable que continúen así hasta el final: de lo cual deduce mucha gente que la naturaleza obedece a los hombres, y que ya que uno de ellos denominó artrópodos a ciertos bichos, la naturaleza sigue creando artrópodos para no dejarle mal. Donde se ve que la naturaleza, a veces, es muy considerada con los hombres, lo cual por otra parte no tiene nada de extraño, al ser los hombres los que inventaron la naturaleza, entidad que no figura en el catálogo original y que sólo apareció cuando la mente humana alcanzó cierta capacidad de abstracción. Después de esto, hay quien afirma que la naturaleza es la realidad. Mira qué bien.

ESO que a veces llamamos «literatura» forma también parte de lo real, puesto que lo mentamos, lo discutimos, nos preocupa y a veces nos produce quebraderos de cabeza. Es una de las muchas realidades acerca de las cuales jamás estamos de acuerdo, sobre todo desde que introdujimos en ella las peligrosas y desestabilizantes nociones

de **valor**, las cuales, por otra parte, parecen reclamadas por la mismá **naturaleza** (?) del objeto. Los más están de acuerdo en que la literatura no sirve para nada, de lo que bien pudiera deducirse su prohibición por los códigos más progresistas, pero no faltan quienes, a causa acaso del amor que le tienen, intentan su salvación atribuyéndole algún

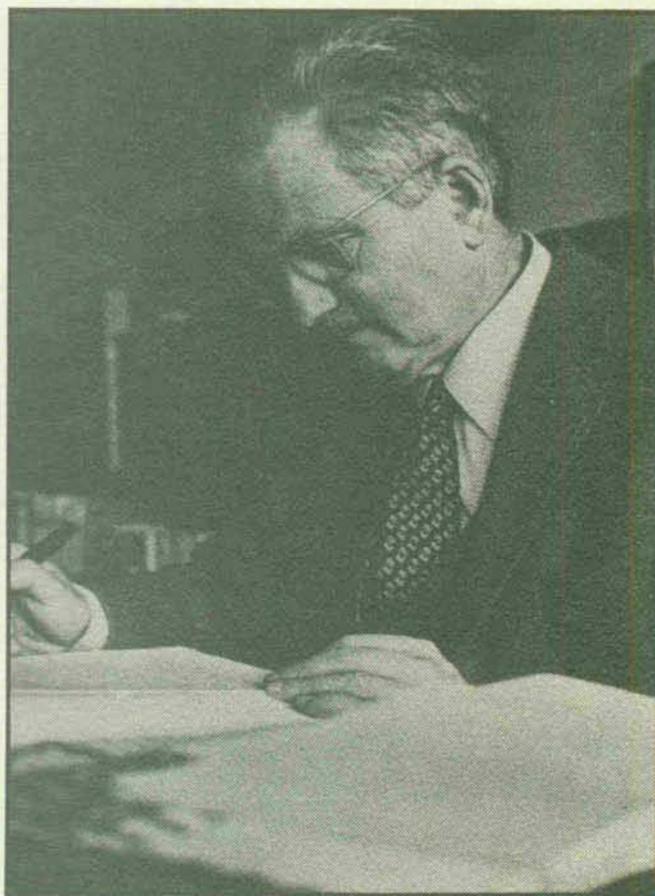


Miguel Delibes.



Rosa Chacel.

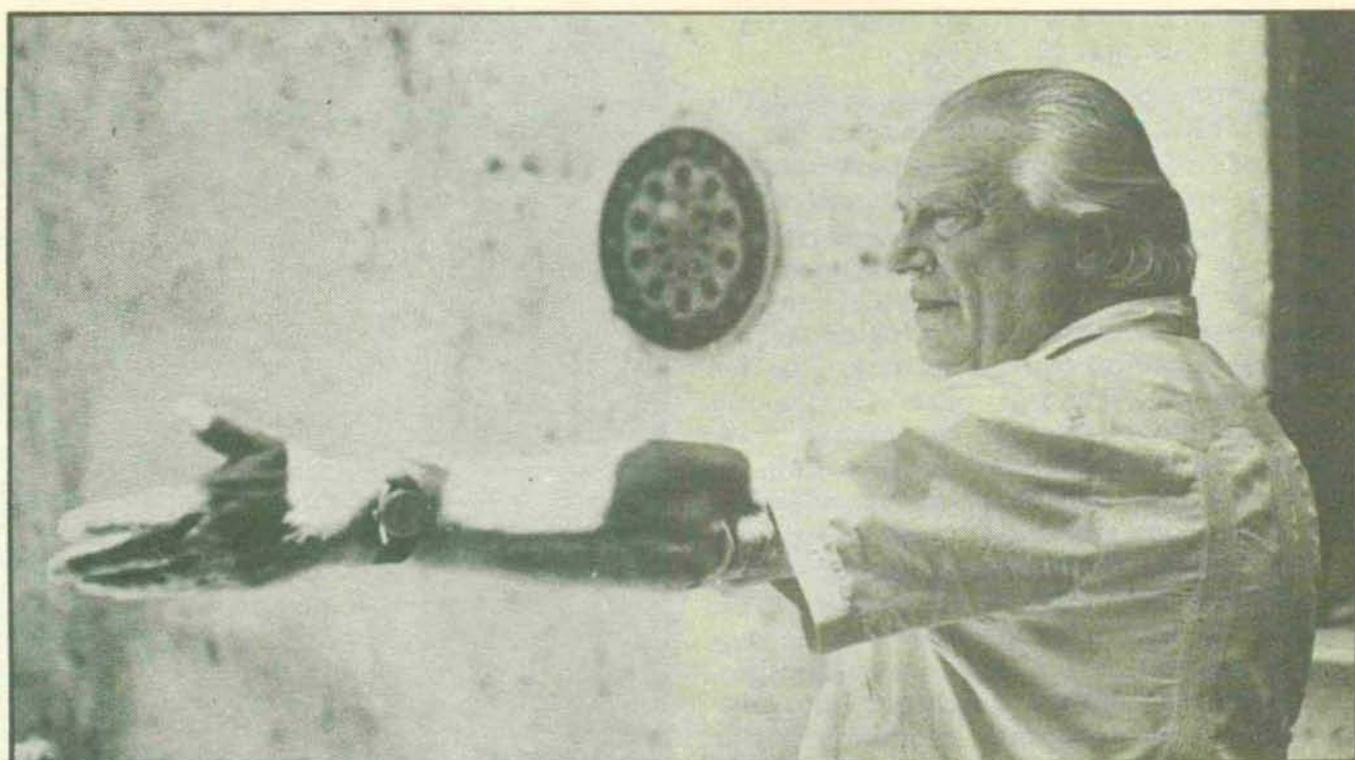
sentido, con lo que la **literatura** a secas desaparece para ser sustituida, al menos en la intención, tanto por la que porta ideologías como por la que lleva en su seno misiles de múltiples cabezas, literatura de ataque o como quiera llamársele. Los informes más objetivos de los Estados Mayores aseguran que semejante arma es poco de temer, y que por muchos gatos, y muy rabiosos, que lleve en la barriga, nunca dio resultado. En cuanto a la otra, a la ideológica, dos cosas acontecen: que unas veces se esfuma la ideología y la otra subsiste como tal objeto artístico, y otras la evaporación de las ideas lleva consigo y disuelve en el olvido la obra portadora. Marx, que sabía de esto, aconsejó a una se-



Julio Caro Baroja.

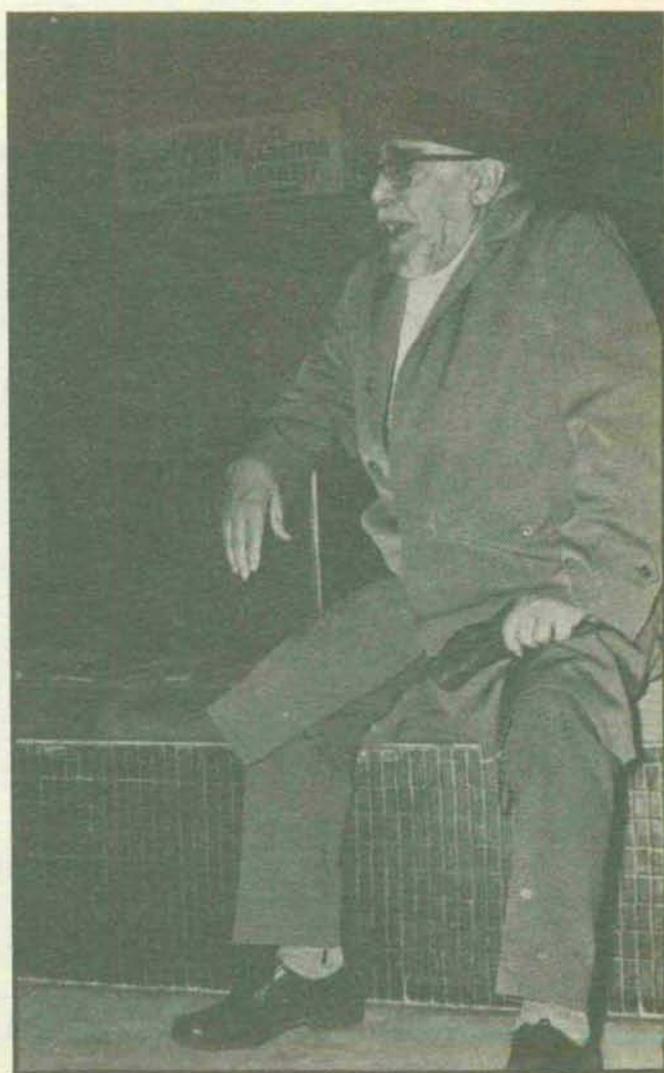
ñora inglesa que no escribiera novelas socialistas, si quería escribirlas buenas. En general, los discípulos de Marx lo han olvidado.

Aquí, en este país y en las últimas décadas, se dio una situación curiosa: por una parte, el Estado temía la carga ideológica del Arte, sobre todo en aquellas sus manifestaciones en que, como en la literatura y el cine, la idea puede quedar más visible; de la otra, los artistas, sobre todo los escritores, se convencieron de que su obligación moral consistía, no en trabajar revolucionariamente por la destrucción de un Estado con el que no



Rafael Alberti.

estaban conformes, sino precisamente en hostigarlo con las obras de arte, con la literatura. Como los representantes de aquel Estado no eran enteramente tontos (considérese que, sin representantes, sin funcionarios, el Estado no existe), se dieron cuenta de la maniobra; mejor dicho, se previnieron antes de que se llevase a cabo, y contra ella dispusieron lo mejor de sus defensas: en un orden, la censura; en el otro, dificultar en lo posible la vida de los escritores y demás enemigos declarados de esa laya. Ahora bien: como entre estos había algunos mucho más listos que los funcionarios, inventaron un lenguaje indirecto con el que podían decir o dar a entender lo que querían; con lo que, además, obligaban al público a aguzar el ingenio. Sucede, sin embargo, que el público, cuando aguza el ingenio, se aficiona a usar de la agudeza, y lo mismo halla mensajes crípticos y terribles donde los hay que donde no los hay. De esto se valieron muchos para lanzar a la publicidad obras pretendidamente preñadas de tremendas acusaciones, que, en realidad, estaban vacuas: las obras, quiero decir. Los menos atrevidos se limitaron a amenazar con lo que guardaban en cajones secretos en espera de mejores coyunturas. (No deja de ser curioso que esta palabra, coyuntura, fuese de las más favorecidas en aquel tiempo). Y cuando las coyunturas llegaron, se descubrió que los cajones estaban vacíos, y si algo se encontró en alguno de



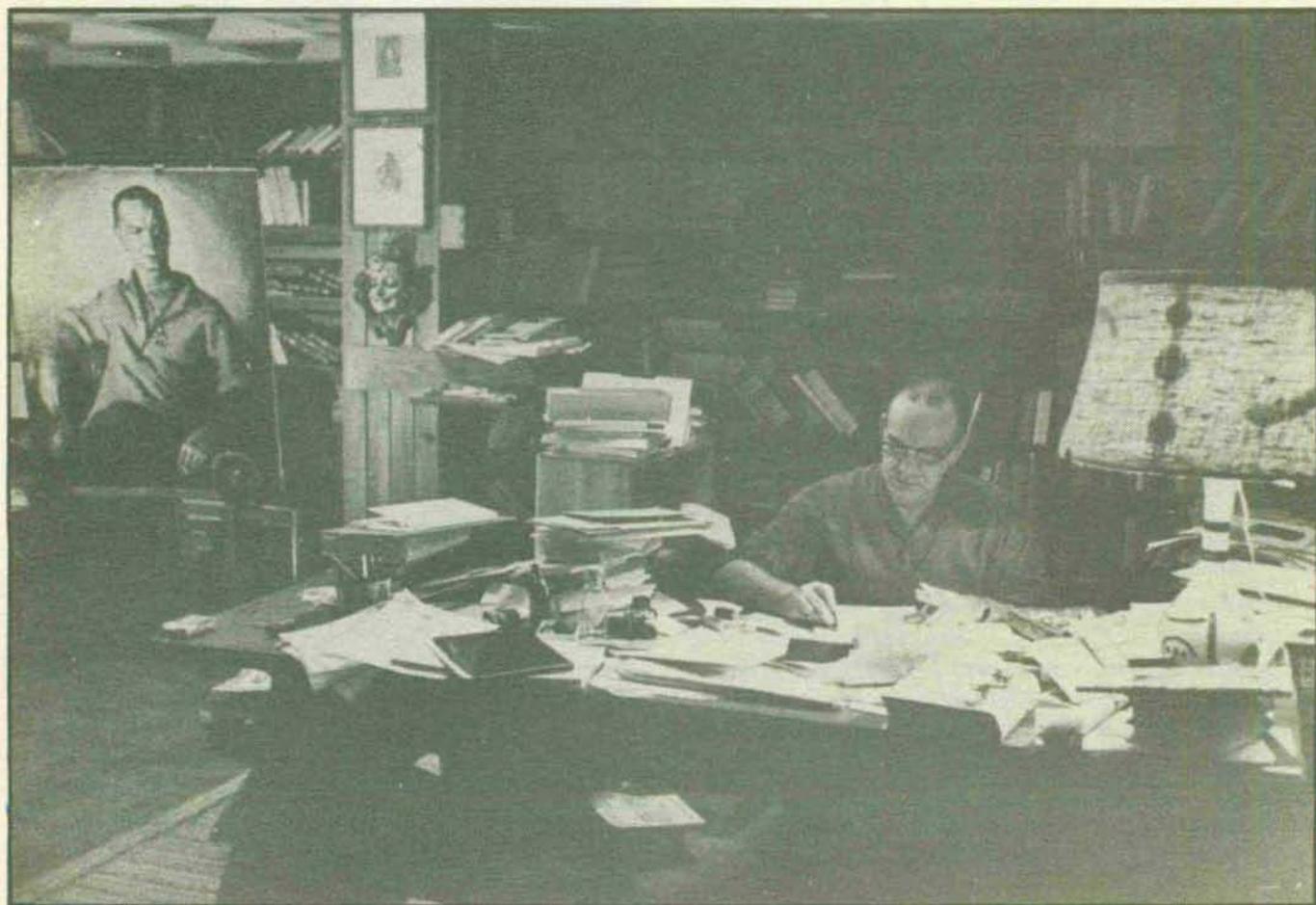
Ramón J. Sender.

ellos, fueron lanzadas a moro muerto, o banderillas a toro pasado, a elegir.

En ese tiempo de las vacas flacas, se escribieron bastantes libros buenos, los que bastan para justificar a un par de generaciones y dejarles tranquilas las conciencias, si alguien se propusiera inquietarlas (que nunca falta). Los hay cuyo valor no se ha modificado; los hay que perdieron con el cambio, o quedaron al menos despojados de su primera significación (que, a lo mejor, no les pertenecía propiamente, pero que les fue atribuida o achacada). Si pienso, por ejemplo, en «La colmena», no hay duda de que la sociedad que refleja corresponde efectivamente a una situación y a un tiempo determinados que no pueden confundirse con los del París o el Berlín de la postguerra, en cada uno de los cuales la gente vivió de manera característica también e inconfundible. Pero hubo, en cambio, quien presentó una Barcelona derrotada que lo mismo podía ser la Viena de la derrota, y quien pretendió atacar de flanco al Régimen presentando unos hechos y unos sujetos de lamentable pergeño que lo mismo pudieran darse en el París remoto del «Voyage au bout de la nuit», con la diferencia de que ésta es una gran



Alvaro Cunqueiro.



Camilo José Cela.



Ana María Matute.

novela y la otra no. Estas circunstancias, estos errores no se advierten de momento, sino cuando la amplitud del panorama amplía también las perspectivas y las enriquece. Además, como sucede siempre, como ya se advirtió, ninguna de las obras escritas **contra** sirvió de nada. Exceptúo muchos poemas líricos. Como la lírica es tensión (o fuego) y palabra, y sólo en segundo lugar contenido (mensaje), cualquiera que éste sea puede trasmudarse en poema verdadero, y aun excelso: de ahí que la poesía política, lo mismo que la social (y también la filosófica, ¿por qué no?) lleguen a ser a veces verdadera poesía. Pero un ataque a fondo contra una institución o una costumbre lo más probable es que no sea ni una buena novela ni un buen drama. ¡Hay que ver el tiempo y el talento que han gastado (y perdido) los dramaturgos de todas las épocas en meterse con la sociedad! Si a algunos se les recuerda, si incluso se les admira, no es por el huevo, es por el fuero. Ya no hay «preciosas ridículas», creo. Aunque, claro...

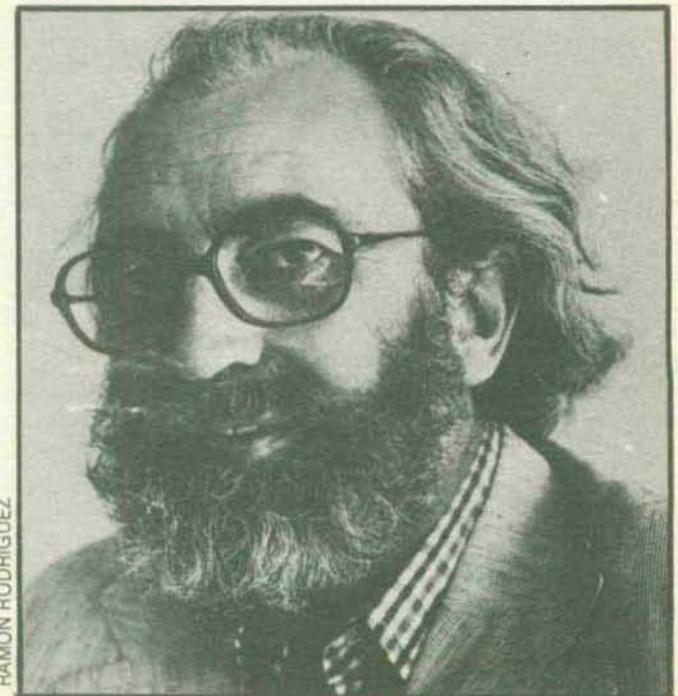
Acabo de mencionar «La colmena». Aunque fue novela prohibida, no está muy claro que haya sido escrita deliberadamente **en contra**, que contenga una **acusación** o un **testimonio desfavorable**. «La colmena» es el resultado artístico de una visión objetiva de la realidad en un momento dado (como se dijo), que es el único modo posible de contemplar lo real, sobre todo la realidad social e histórica, sin deformarla, sin falsearla. Me parece que «Cinco horas con Mario» deja traslucir, a



RAMON RODRIGUEZ

Juan Goytisolo.

través de un caso individual, todo un período y todo un sector de la sociedad contemporánea igualmente vistos con objetividad. Cuando se mira **a través del libro** o con el **mensaje** previo en la conciencia, mala cosa se gesta. Puede resultar, por un azar, una buena obra de arte, pero siempre la realidad queda malparada. Y aunque yo no sea enteramente un escritor realista, soy de los que piensan que el **realismo** en cualquiera de las muchas facetas posibles, que son casi infinitas, es una oferta constante que se le hace al artista, quien, legítimamente, puede siempre dar cuenta de su tiempo en lo que éste tenga de singular y característico: a condición, si es posible, de no deformarlo, de no pintarlo con el color de un cristal político o



RAMON RODRIGUEZ

Ángel González.

religioso determinado. Es justo recordar que, durante esos años de constante referencia, fueron bastantes los escritores atentos a la realidad, aunque pocos los que la vieron o intentaron verla sin ideología, sin prejuicios. De estos pocos, registro los que expresaron las esperanzas y las desilusiones de algunos grupos juveniles, acaso de ellos mismos; pero visiones tan amplias como la de «La colmena», y sobre todo tan limpia de parcialidad, no las escribió nadie. Si la literatura realista es, aunque *sui generis*, un testimonio, muchos años y muchas vicisitudes colectivas de las pasadas se quedaron sin crónica y sin retrato: precisamente los de aquellos años en que se proclamaba el realismo. Al menos hasta ahora, porque no es imposible que alguien opere, en el futuro, con documentos y con recuerdos.

Y otro tanto está pasando en la actualidad. La sociedad es siempre lo mismo, pero en el fondo ímpetus invariables operan distintos modos de conducirse y de ser, estilos diferentes de pensar y de sentir. Yo he sido consciente, testigo soy, de que a mi alrededor las cosas han cambiado, cambian continuamente, y me atrevo a pensar que algo de lo que veo es nuevo: tanto, que muchos no lo entienden, y no al modo relativo del tópico choque de generaciones, sino porque todo un sistema de ideas y de creencias que nos con-



Rafael Sánchez Ferlosio.

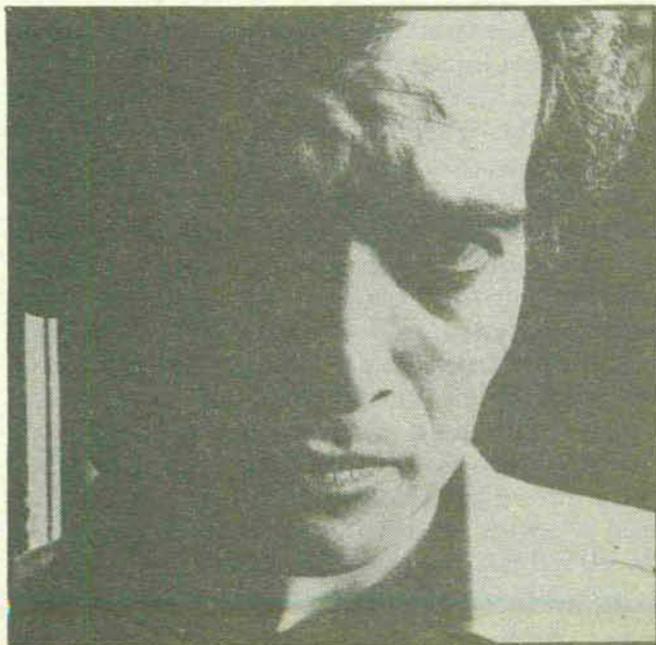


Jesús Fernández Santos.

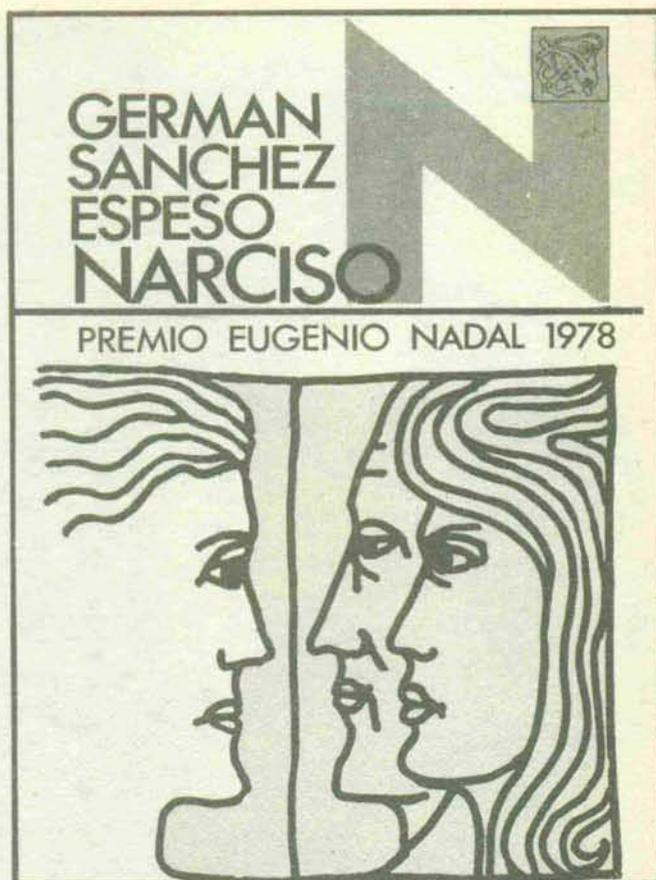
formó se ha desmoronado, no en el secreto de una conciencia excepcional y representativa, sino en lo más público de las colectividades, quizá también en lo más ruidoso (a veces). Se puede considerar en serio o con sentido del humor, viendo en lo que sucede el fin del mundo, nada menos, o teniéndolo como el albor de un mundo nuevo, lo que también son ganas de poner la esperanza en lo incierto (que es lo que se hace siempre, que es el **quid** de la esperanza). En fin, el modo de contemplarlo es vario, y la realidad ahí está. No sé si en otras culturas han dado ya cuenta artística de ella; en la nuestra, por supuesto, no. ¿Sabría alguien explicar el por qué? ¿O tendremos que esperar a que lo hagan los franceses de manera muy obvia para que aquí se pongan los escritores en su estela?

Comienzo por recordar que, de repente, las armas tan perfectamente aguzadas **en contra** de lo que había, quedaron inservibles. Cosa es de aludir aquí a un famoso escritor, avezado, afortunado libelista, que al morir se inventó rápidamente otro, con la ventaja sobre el anterior de que, siendo el nuevo un personaje

abstracto, **nuestra civilización**, y no uno concreto, lo que se llama tantas veces **el anterior Jefe de Estado**, no se le va a morir probablemente. Pero los otros carecieron de tan admirable agilidad, y yo creo que llevan cinco años, o **reciclando** los materiales, o adaptando el instrumental a modos nuevos de producción: todo lo cual está previsto, pero lleva tiempo. Aunque convenga hablar de los que ya se han manifestado, de lo que pudiéramos llamar **literatura esperada de la liberación**. No incluyo en ella la de ciertos jóvenes responsables y ambiciosos a los que lee poca gente (la impopularidad será seguramente su destino: no quedarán solos ni mal acompañados), sino a los más de los supuestos triunfadores, autores de libros comentados y vendidos, además de premiados en muchos casos. Pongamos por delante que, en estos últimos años, precisamente, se ha desarrollado uno de los fenómenos más fascinantes de la historia social moderna, el de la juventud, con sus actitudes y sus respuestas a y ante lo real, unas y otras originales, pero, además, peligrosas, danzas de **rock** en el borde de un abismo, a partir (según parece) de una negación previa de todo lo existente en cuanto cultura, o, al menos, de su puesta en tela de juicio. No es una moda pasajera, sino que viene durando ya un par de décadas, y, con nombres distintos, distintas manifestaciones y lenguajes, es el mismo fenómeno. No creo que nada de lo que existe pueda atraer con más fuerza al escritor que dice volcarse a la realidad, porque ésa es la realidad misma, pero, además, **la diferencia**. Vaya por delante el que yo no conozco



Luis Goytisolo.



El Premio «Eugenio Nadal» es uno de los más prestigiosos de nuestro país. Lo han obtenido, desde aquel lejano 1944 en que le fuera otorgado a Carmen Laforet por su novela «Nada», escritores de la talla de Delibes, Luis Romero, Dolores Medio, Sánchez Ferlosio, Ana María Matute, Cunqueiro, Fernández Santos, Umbral, y un largo etcétera de novelistas que resumen la vida literaria de los últimos treinta y cinco años de España. (Portada de una de las últimas obras ganadoras del «Nadal»: Narciso, de Germán Sánchez Espeso).

ni creo que se haya escrito ninguna **novela contemporánea** en que total o parcialmente se traten estos temas.

La novela moderna va por otro camino (me refiero a la nuestra, por supuesto). Su realismo es sólo aparente, y habría que averiguar si lo es de verdad o sólo porque alguien lo apellida así. Caracteriza este tipo de narraciones el uso que hacen de ciertos materiales eróticos, cuya inserción en el texto obedece a un principio de oportunidad, no de necesidad estética: me refiero a las abundantes, a las inevitables **fellaciones, cunnilinguis, sodomías**, en parejas o en cadena, según los modelos remotos del Aretino y Sade o los más próximos de Belda. Sin duda, si el libro se considera como producto venal, estos aditamentos ayudan a su éxito. Pero nadie tiene la sinceridad de proclamarlo así, sino que lo acostumbrado es enmascararlo con pretextos de más altura, y a estos es a los que voy a referirme: porque **también** otra de las **variantes** actuales, otra de las **novedades estallantes** es la nueva sexualidad, resultado



Concesión del Premio «Planeta» para el año 1979. En la fotografía, de izquierda a derecha: Fernando Quiñones, finalista con «Las mil noches de Hortensia Romero», el editor Lara y el ganador del Premio, Manuel Vázquez Montalbán, autor de «Los Mares del Sur».

de un largo, subterráneo y antiguo proceso de evolución que, o vino a desembocar en la crisis actual, o se manifiesta en ella como etapa de obvedad inocultable. Relacionada o no con los movimientos juveniles, no hay duda de que es una de las características de nuestro tiempo, y que su trascendencia es difícil de ponderar ya que afecta a lo más hondo de la vida individual y colectiva. Si los médicos y los sociólogos intentan decir su palabra y definir el fenómeno, el escritor, dramaturgo o novelista, tiene también su cuarto a espaldas que echar, y no el más baladí, pues poniendo a vivir los hombres se sacan a relucir aspectos de lo real que el concepto difícil de la ciencia no aprehende tan fácilmente: **narrar y describir puede ser más importante que definir e investigar.**

Siempre el amor fue el tema principal de la poesía, si bien de tal manera que se hizo lo posible, a fuerza de retórica, por eludir su sustancia. No tiene ahora por qué dejar de serlo, si bien conviene admitir que las metáforas tradicionales han quedado inservibles, y que hay que inventarlas nuevas. Y me pregunto ahora: ¿qué han aportado a la clarificación de este hecho, a su descripción,

a su **realización en poesía**, nuestros escritores actuales? ¿Hay alguien que pueda asegurar que en tal o cual narraciones se pone el dedo en la llaga de lo que pasa? A lo que se me alcanza, no. Al menos, todavía no. A pesar de las amenazas y de las promesas. La sustancia real de lo que acontece no es ni el uso o abuso de ciertas formas de sexualidad, ni la reaparición de ciertos hábitos más o menos colectivos. La crisis es de raíz, el fenómeno es radical. Lo que se expresa cuando el protagonista sodomiza o deja de sodomizar a la muchacha de la clase dominante no es más que una transgresión intrascendente, puesta allí para que se vea que el autor carece de prejuicios. ¡Ah! Pero el fondo de la cuestión, **aun en ese caso**, va por otros derroteros. Toda esa literatura a la que vengo refiriéndome, perpetrada en los últimos años, roza con vuelo torpe las dos cuestiones más vivas de nuestro tiempo, las que deben atrapar al artista que se proclama deudor de la realidad, que propone su obra como relativo trasunto de ella: las roza pero les huye.

Contenido ideológico, erotismo superficial: estos son los dos caminos preferidos por los escritores españoles de nuestro tiempo. ¿Hay

algo más fácil que eso, acogerse a pensamientos generales ya formulados (sociales, religiosos) o a la descripción tópica de situaciones que hasta ahora se velaban o aludían todo lo más? Conviene tener en cuenta que son dos soluciones fáciles cuando no se sabe qué hacer, cuando no se puede inventar, cuando una mirada a la realidad regresa tan desnuda como fue. El riesgo constante, el que amenaza a la literatura española desde siempre, la falta de imaginación, es la **última ratio** de todas nuestras deficiencias. Pero también conviene tener en cuenta la desorientación, la falta de iniciativa, esa imposibilidad de **arrancar** si no es en seguimiento de alguien que nos precede en París (antes), en Londres o en Nueva York. Yo me pregunto con angustia cierta si **alguna vez** y de manera suficientemente continuada existirá lo que pudiera llamarse **novela española**: porque esperar, porque desear una **escuela española de novela** (como puede haberla, todavía hoy, de pintura o de poesía) sería pedir al olmo las consabidas peras.

Mientras tanto, las vicisitudes de la realidad española transcurrirán sin que nadie dé la debida cuenta estética que, como cualquier otra realidad, merecen. ■ G. T. B.



Francisco Umbral.



Gonzalo Torrente Ballester.